



Xavier Güell
Schönberg o la muerte
de la música



XAVIER GÜELL

Schönberg o la muerte de la música

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Xavier Güell, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14720-2026
ISBN: 979-13-88019-72-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Mathilde Zemlinsky

PRIMERA PARTE

Nueva York, 21 de noviembre de 1940

Arnold Schönberg camina hacia el norte por la Duodécima Avenida. El sol intenta abrirse paso entre la niebla. No hay viento y los dos grados bajo cero apenas se sienten. A su izquierda, los árboles de Riverside dejan caer puñados de nieve que se deshacen al tocar el suelo. El Hudson aparece y desaparece entre bancos de bruma.

Al llegar al muelle 83 se detiene.

Tres gaviotas revolotean sobre cajas rotas, cáscaras de naranja y hojas podridas atrapadas entre los tablones del embarcadero. Bajo la plataforma, el agua golpea los pilotes con un ruido hueco. Más allá, un ferry cruza el río.

Cuando atraca, los pasajeros desembarcan. Algunos llevan maletas atadas con cuerda; otros, simples hatillos. Todos se alejan de prisa.

Un viejo permanece en cubierta. Apoyado en la barandilla de popa, toca el violín. La melodía es sencilla. Al alcanzar la nota más aguda, la mano izquierda le tiembla. Maldice entre dientes y empieza otra vez.

Schönberg lo observa desde el muelle.

El viejo desciende la rampa. Lleva el instrumento bajo el brazo. Avanza entre la multitud, toca unos compases y alarga el sombrero. Nadie se detiene.

Al pasar junto a Schönberg, vuelve a equivocarse en la misma nota.

—Si prueba el si bemol en cuarta posición, le resultará más fácil.

El viejo se vuelve.
 —¿Cómo dice?
 —El si bemol en cuarta posición.
 —Hay días en que uno se levanta con los dedos perezosos.
 Schönberg sonríe.
 —Eso suele pasar.
 —¿También toca?
 —Un poco.
 —No me engañe. Nadie corrige una posición sin haber pasado media vida con un instrumento entre las manos. ¿Violinista?
 —No.
 —Mejor. Los violinistas son gente insoportable.
 —¿Y usted qué es?
 —Lo fui todo. Descargador de barcos, camarero, vendedor de periódicos. Según la semana. Ahora toco el violín.
 Sacude el sombrero. Schönberg deja caer un dólar.
 —Eso es demasiado.
 —No para Nueva York.
 —Para mí sí.
 Se guarda el dólar en el bolsillo del abrigo.
 —Gracias.
 Durante unos segundos permanecen en silencio. El ferry hace sonar la sirena.
 —¿Es europeo? —pregunta el viejo.
 —Austriaco.
 —Lo sabía.
 —¿Por el acento?
 —Por los zapatos. Los americanos no llevan zapatos así.
 Schönberg baja la vista y se ríe.
 —Llevo aquí siete años.
 —Entonces es peor. Ya debería vestir como ellos.
 —¿Toca aquí todos los días?
 —Cuando no encuentro otra cosa.
 —¿Y la encuentra?
 —Cada vez menos.

Se encoge de hombros.

—Pero tampoco necesito mucho. Una cama, algo caliente que llevarme al estómago y un lugar del que no me echen. ¿Y usted? ¿Qué hace en el muelle en un día así?

—Tengo que coger un tren.

—¿Negocios?

—No. Voy a visitar a un amigo.

Llegan al final del embarcadero. Ante ellos se abre una avenida. El viejo se ajusta el abrigo.

—Bueno. Ha sido un placer, señor austríaco de los zapatos elegantes.

Schönberg no responde enseguida. Mira el reloj.

—Mi tren no sale hasta dentro de una hora. ¿Ha desayunado?

La respuesta sale tan rápida que ambos se ríen.

—Hay una cantina en la estación —dice Schönberg—. El café es malo, pero el frío de fuera es peor.

—¿Quiere invitarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me ha hecho reír.

—Hace tiempo que nadie me paga por eso.

—Entonces no soy el primero.

El viejo se coloca el violín bajo el brazo.

—Con mucho gusto, señor austríaco.

Se dirigen hacia el este por la calle 42, cruzan Times Square y bajan por la Quinta Avenida hasta llegar a la Grand Central Terminal, desde donde salen los trenes a New Rochelle. Schönberg compra un billete de primera y entran en la cafetería. El viejo se sube a un taburete, deja el violín en la barra y mira la carta.

—Es todo muy caro; con la mitad de lo que cuesta esto tengo para comer tres días.

—No se preocupe y elija lo que más le apetezca.

—Huevos fritos y un café —dice el viejo, y su expresión se ilumina.

—¿Vueltos? —pregunta un hombre con un parche en el ojo izquierdo, mientras se limpia las manos en el delantal tras el mostrador.

—¿Qué?

—Los huevos: si los quiere vueltos o con la yema encima.

—Ah, sí, vueltos.

—Para mí, con la yema encima y poco hecha, por favor —añade Schönberg, de pie.

—Mala cara trae usted —le dice el hombre del parche al viejo. Casca los huevos sobre la grasa de la sartén.

—¿Y cómo quiere que la tenga? Llevo toda la mañana tocando el violín para los pasajeros del ferry y no he conseguido ni un cochino centavo. Con este tiempo no hay música que valga.

—¿Es usted bueno en lo suyo? —le pregunta el hombre, guiñándole el ojo—. ¿Le gustaría tocar aquí? Viene mucha gente y un poco de música animaría el local.

El viejo asiente. El otro pone los huevos en dos platos y añade un poco de pan y mantequilla en el borde.

—Ya ve —dice Schönberg—, hay días que empiezan mal aunque uno no sabe qué sorpresas le esperan.

—¡Je, je! Los hay que tienen suerte. Mira, amigo, voy a darte un consejo que te saldrá gratis —ríe el hombre del parche—. Antes de tocar aquí, afeitarte, córtate el pelo, dúchate y cepíllate los dientes. Ya sabes: en esta ciudad lo que cuenta es la pinta que uno tiene.

—Yo soy limpio, señor, y buen trabajador. No se arrepentirá de haberme dado una oportunidad —gruñe el viejo, con la boca llena.

Schönberg paga la cuenta y mira el reloj. Faltan cinco minutos para que salga el tren.

—Me tengo que ir. Espero que cuando vuelva por aquí los tenga a todos embelesados con su música. Y recuerde: el si bemol, en cuarta posición.

Antes de que Schönberg cruce la puerta, se levanta de un salto.

—¡Señor, señor, por favor, espere! ¡No me ha dicho su nombre!

Pero Schönberg no lo oye. Tampoco oye lo que dice el hombre del parche:

—Y ahora, viejo, ¡lárgate! No quiero volver a verte.

El viejo se da la vuelta.

—Pero usted me...

—¿Qué creías, que iba a dejar que tocaras aquí tu mugriento violín? Ya sabes: si vuelves, te suelto los perros.

Una mujer levanta la mirada del periódico.

Schönberg sube al tren. Camina por el pasillo hasta encontrar un lugar libre junto a la ventanilla. Deja el abrigo y el sombrero en el portaequipajes, apoya el paraguas contra el asiento y se queda mirando el andén. Un vendedor pasa con una caja colgada al cuello. No le compran nada. Se detiene un instante, echa un vistazo a su alrededor y se apea.

El tren da una sacudida y empieza a moverse.

Cierra los ojos y piensa en su amigo.

La última vez que se vieron, Alex se lanzó sobre él y lo golpeó en la espalda, en los riñones, donde alcanzaba. Schönberg lo sujetó por el cuello y aplicó la fuerza justa para inmovilizarlo. Alex consiguió zafarse, lo empujó contra la pared y le gritó que iba a matarlo. En ese momento, aunque él sabía que no lo haría, pensó que hablaba en serio.

¿Cómo habían podido llegar a eso?

Alexander Zemlinsky era tres años mayor que él. Cuando se conocieron en Viena, en 1894, tenía una sólida formación musical. Le dio clases de contrapunto durante algunos meses, lo introdujo en Wagner y en la poesía alemana moderna. Fue su maestro, su amigo, casi un hermano mayor. Pero un día, tras escuchar *Noche transfigurada*, le dijo que ya no podía enseñarle nada más, que era un genio y que los genios no necesitan maestros.

Vivían uno frente al otro, en el cuarto piso de un edificio de Liechtensteinstrasse 60. Por las noches analizaban partituras,

exploraban maneras de prolongar una melodía sin repetir una sola nota, trataban de superar lo que Wagner, Brahms y Strauss habían logrado. Lo que uno componía, el otro lo escuchaba como si fuera propio.

Gustav Mahler los protegía. Al principio desconfió de Alex –había sido novio de Alma Schindler, su futura esposa–, pero la desconfianza duró poco. Discutían durante horas sobre música, literatura, filosofía y religión. Casi nunca estaban de acuerdo. A veces Mahler, irritado, los echaba de su casa, pero no tardaba en pedirles que volvieran a la Auenbruggergasse 2, en el distrito de Landstrasse, donde ocupaba un apartamento en la planta superior con vistas a Strohgassee.

Las tazas estaban vacías. Olía a tabaco y café. Mahler miraba el suelo. Alex apoyaba el codo en el marco de la ventana.

–No es que no entienda lo que hacéis –dijo Mahler–. Lo que no entiendo es por qué lo hacéis.

–Porque no hay otra manera –respondió Alex–. Hay cosas que no se pueden decir con las notas que ya conocemos.

Schönberg, sentado al borde de una silla, parecía ausente.

–La música no imita, construye –murmuró–. Si uno acepta eso, no hay que defender nada más.

Mahler frunció el ceño, volvió a mirar al suelo y dijo:

–El público no construye. El público recuerda. Tararea.

–El público es un fantasma –respondió Alex–. Está hecho de ecos.

–El público es una necesidad –corrigió Mahler–. Es lo que marca el límite. Y sin límite no hay forma. ¿O queréis escribir para el aire?

Afuera pasaban los tranvías.

–Yo creía que usted había entendido –dijo Schönberg.

–Os entiendo. Pero entender no basta. Viena no es un espacio, es una costumbre. Y vosotros, incluso tú, Alex, creéis que podéis cambiarla con un grito.

–¿Y qué propone? ¿Volver a Brahms? –preguntó Schönberg.

–Propongo vivir en la contradicción y convertirla en heroísmo.

—Eso suena a resignación —rio Alex.

—No. Suena a saber lo que significa sufrir. El sufrimiento es el alimento del que se nutre el arte. Si no lo entendéis no merece la pena seguir hablando.

Schönberg se puso de pie. Caminó hasta el escritorio. Cogió una partitura.

—Cuando usted nos echó de su casa la última vez —dijo—, pensé que era el final.

—No lo era. Necesitaba descansar. Nuestras discusiones me agotan, pero cuando llevo tiempo sin ellas, las echo en falta.

—¿Por qué aceptó presidir nuestra asociación? Fue una decisión valiente.

—No fue valentía. Lo hice por vosotros. Y por mí.

—¿Sigue creyendo en nuestra música? —preguntó Alex.

—Creo en vuestra necesidad. Eso es distinto. El arte no tiene que ser comprendido. Pero tiene que ser inevitable.

Alex dirigía las obras de Schönberg cuando pocos se atrevían. Gritaba en los ensayos, discutía con los músicos, abandonaba el teatro si veía que no lo escuchaban. Pero regresaba. No podía dejar a su amigo. No era solo lealtad; era una convicción: había que continuar, incluso cuando dolía.

El público los odiaba. No solo por lo que hacían, sino por lo que representaban. Para muchos eran la negación de aquello que Viena debía preservar. Que se fueran a Berlín, a París, a Nueva York, adonde quisieran; que dejaran en paz la herencia de Haydn, Mozart y Beethoven; que no tocaran lo que consideraban sagrado.

¡Viena! La ciudad de los vales de Johann Strauss, de las operetas de Franz Lehár; la misma ciudad que se negó a estrenar las obras de Schubert, que despreció la música de Hugo Wolf, que aborrecía las sinfonías de Mahler, que nunca entendió a Bruckner, que había sido reacia incluso a los últimos cuartetos de cuerda de Beethoven.

Los dos amigos solían cantar una vieja canción popular, a la que cambiaron el estribillo:

¡Viena, Viena, solo tú mereces ser despreciada por todos!
¡No olvidaremos tu falsedad e hipocresía!

Sus estrenos eran campos de batalla. Gritos, silbidos, insultos. Una vez alguien lanzó una silla al escenario. Mahler y Schönberg se encararon con él. Otra, Alex golpeó a un crítico. El escándalo crecía con cada nueva obra. Algunos los defendían con pasión; la mayoría los detestaba. La policía, a menudo, tenía que desalojar la sala. Después se iban al Café Griensteidl y brindaban por la amistad.

De aquel vínculo no quedaba más que silencio. En la casa de Schönberg, en Los Ángeles, no se mencionaba el nombre de Alexander Zemlinsky. Solo una vez Gertrud le preguntó qué había pasado, qué los había separado. No respondió. Se levantó, fue al cuarto de su hija Nuria y se la llevó al jardín.

Schönberg subía las escaleras del vestíbulo del Hospital Evangèlic de Barcelona con un ramo de rosas. El olor a desinfectante le irritaba la garganta. Una mujer lo miró desde detrás de un mostrador.

—¿Puede informarme dónde está la habitación de la señora Schönberg? —preguntó en castellano, eligiendo cada palabra con cuidado.

—¿Cómo dice?

Él deletreó el nombre, despacio.

—¿Maternidad?

—Sí, sí. Maternidad.

—Escalera de la derecha, segundo piso. Allí le informarán.

Al subir tropezó. El ramo resbaló de su mano y rodó dos escalones. Al recogerlo, estuvo a punto de chocar con una mujer que bajaba con un cubo y una escoba.

—¿La habitación de la señora Schönberg? —preguntó de nuevo.

—Yo soy del servicio de limpieza —dijo ella con una sonrisa cansada—. Vaya al fondo del pasillo y pregunte... ¿Es el primero?

—No, el tercero. Los dos anteriores fueron con mi primera esposa.

—¿Y qué pasó con ella, si no es indiscreción?

—Murió hace tiempo.

—Vaya... lo siento. Pregunte por Gloria, la enfermera jefe. Es alemana. Con ella se entenderá mejor.

Al fondo de la galería, una mujer mayor de expresión franca lo observaba como si lo hubiera estado esperando.

—Herr Schönberg —dijo en alemán—. Por fin.

Él respiró aliviado.

—Perdone... ¿Gloria?

—Sí.

—Gracias a Dios. Me dijeron que preguntara por usted.

—Han hecho bien.

—Mi castellano es pésimo.

—Lo suponía. Enhorabuena. Es usted padre de una niña preciosa. Ha nacido hace dos horas.

—¿Mi esposa?

—Habitación 17. Todo ha ido bien. Pero no la despierte si duerme. Hoy ya ha trabajado suficiente.

—¿Puedo verla?

—Puede. Pero con cuidado. Y no levante la voz. Aquí los gritos solo los damos nosotras. Y ahora vaya. Luego les llevaré a la niña.

—¿Luego?

—Luego —repitió—. No se preocupe. No se va a escapar. ¡Ah!, y de nuevo enhorabuena.

El cabello de Gertrud ceñía su rostro aún tenso. Schönberg desenvolvió las rosas y las colocó en un jarrón sobre la mesilla. Mirar por la ventana era como mirar al fondo del agua: los árboles de la plaza se desdibujaban bajo una luz que teñía el cielo.

Gertrud abrió los ojos.

—¿Eres tú...?

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor... muy cansada.

–Todo ha salido bien.
 –¡Rosas rojas! Mis preferidas.
 –Esta ciudad siempre está llena de rosas. Solo por eso ya merece la pena vivir aquí.
 Le tomó la mano.
 –¡Una niña...! ¿No es lo que querías, Arnold? ¿Estás contento?
 –Ya la tenemos con nosotros. Y hace tres días terminé el segundo acto de *Moisés y Aarón*. No puedo pedir más.
 Ella sonrió.
 –Luego vendrán Roberto y Poldi –continuó él–. Están encantados de que haya nacido en Barcelona.
 –Son muy amables... ¿Por qué no nos traen a la niña? Apenas la he visto después del parto. Estaba tan dormida que casi no me he dado cuenta.
 –Gloria me ha dicho que enseguida vendrá con ella.
 –¿La enfermera jefe?
 –Sí.
 –¿Sigues queriendo llamarla Nuria?
 –Nuria. Sí. Como la Virgen de los Pirineos.
 –Estoy deseando volver a casa y dormir doce horas seguidas. Vosotros no tenéis ni idea de lo que es esto.
 –En un par de días estaremos en casa y podrás descansar.
 –¿Por qué no viene Gloria?
 –¿Quieres que vaya a preguntar?
 –No. Déjalo. Ayúdame a incorporarme un poco. Me duele la espalda.
 Una enfermera, alta, con un orzuelo en el párpado izquierdo, entró con una cesta y la colocó junto a Gertrud.
 –¡Qué preciosidad! –dijo él–. Mira cómo respira.
 Gertrud no la miró.
 –¿Dónde está Gloria?
 –No ha podido venir. Tenía que asistir al doctor en otro parto.
 –Mírala –insistió Schönberg–. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—¿Cómo puede distinguirlos? —preguntó Gertrud sin apartar la vista de la enfermera.

—A veces no podemos —admitió ella, forzando una sonrisa.

Gertrud miró la cara amoratada de la niña.

—¿Está segura de que esta es mi hija?

—Por supuesto. Qué cosas dice.

—No tiene pulsera. ¿Es eso normal?

—Debe de haberse soltado... No se preocupe por eso.

—La mía era rubia y esta es morena. Me he fijado bien esta mañana.

—Tiene una pelusilla oscura. Ya se le irá aclarando.

Gertrud se dejó caer y rompió a llorar.

—No es la mía. Estoy segura. Llévesela. Me han robado a mi hija. ¿Dónde está Gloria? Que venga Gloria. Que me traiga a mi hija.

—Querida, por favor, cálmate.

—No se preocupe, señor —dijo la enfermera, alargando las manos hacia la cesta—. Esta reacción es frecuente. Le daré algo para que se tranquilice.

Gertrud se incorporó de golpe.

—No. No se la lleve. Déjeme verla mejor. No sé... Me encuentro mal... Estoy nerviosa... Por favor... déjemela aquí.

La enfermera sacó a la niña del cesto y se la colocó sobre el pecho.

—Es su hija. Debería estar contenta.

—Sí, sí... Estoy contenta. Tú también, ¿verdad, Arnold? Es preciosa. Ven. Siéntate con nosotras.

Roberto Gerhard y su mujer, Poldi, asomaron por la puerta.

—¿Podemos pasar? —preguntó Roberto, con un ramo de rosas rojas.

—Gracias por venir —dijo Gertrud—. ¡Y con rosas! Arnold me decía hace un momento que Barcelona está siempre llena de rosas. Son preciosas.

—Nos han dicho que es una niña. ¿Podemos verla? —preguntó Poldi, acercándose—. Es igualita a usted, Gertrud. Sus ojos son idénticos. Mira qué ricura, Roberto.

—Se parece más a Arnold —dijo Gertrud—. Tiene sus orejas.

—Es mucho más guapa que el maestro —rio Roberto—. *La noia de Barcelona*.

—Arnold quiere llamarla Nuria, pero yo no estoy del todo convencida. En Alemania sonará extraño.

—¿Alemania? —saltó Poldi, sacudiendo la cabeza—. No, querida. Están mejor aquí. Yo también soy austríaca, y me avergüenza lo que están haciendo esos nazis. Que Alemania se atragante con ellos.

—No te alteres, Poldi —dijo Roberto—. No todos los alemanes están con ellos.

—No, pero muchos callan. Y los otros van a darnos un susto en las próximas elecciones. Hay que convencer a Gertrud y Arnold para que se queden. No pueden volver ahora.

—Lo que ocurre en Alemania es una desgracia anunciada —dijo Roberto.

—Una desgracia que entra por una puerta que todos dejamos abierta —intervino Schönberg—. Llevo años advirtiendo de lo que pasaría si no se frenaba a esa gente. Nadie quiso escuchar.

—Haremos todo lo posible, maestro —dijo Roberto—. Necesita un salario estable que les permita quedarse aquí. He hablado con el presidente de la Generalitat y con el consejero de Cultura. Confío en que pronto tengamos noticias.

—La verdad es que estamos bien en Barcelona. El clima ayuda a mi asma, he terminado el segundo acto de *Moisés y Aarón* y nuestra hija ha nacido aquí.

La niña rompió a llorar.

—Se ha puesto otra vez morada —dijo Gertrud.

—Es normal —dijo Poldi—. Tiene hambre. Debe de ser su hora. Estamos de más, Roberto; ya volveremos mañana.

—No, por favor. Quédese conmigo. Es la primera vez y no tengo experiencia.

–¿Quieres que llame a la enfermera? –preguntó Schönberg.
–No hace falta –dijo Poldi, mientras se acercaba a la cama–. Nos arreglaremos nosotras. Ustedes salgan un momento y hablen de lo suyo... ¿Saben? A Roberto y a mí nos gustaría tener hijos. Todavía no ha podido ser, pero confiamos en que llegarán.
–¿Hay noticias de Casals? –preguntó Schönberg a Roberto en la sala de espera–. ¿Le ha gustado el concierto?
–Está entusiasmado. Le llamará. Quiere hacer una audición privada en su casa del Vendrell antes de estrenarlo en el Albert Hall. Me dijo que la transcripción para violonchelo es magnífica.
–Me alegra oírlo. La escribí pensando en él.
–Webern ha confirmado su concierto en el Palau de la Música.
–¿Cuándo?
–En abril.
–No creo que pueda asistir. Me reclaman en Berlín. Llevo meses sin aparecer y hay asuntos que no puedo seguir aplazando. Un empleado de correos se acercó.
–Me han dicho que es usted el señor Schönberg. Tengo un telegrama para su esposa.
–El señor Schönberg es él.
–Ah, disculpe.
–No tiene importancia. Gracias.
Schönberg lo abrió y leyó en silencio.
–Es de Casals. Nos felicita por el nacimiento de la niña y nos anima a llamarla Nuria.

El tren se detiene en la estación de Fordham. Un hombre de mediana edad, con sombrero y traje oscuro, se sienta junto a Schönberg y estira las piernas. El tren vuelve a ponerse en marcha y cruza un paso a nivel con la barrera bajada. Una mujer joven, con jersey de cuello vuelto y el pelo recogido, espera en bicicleta y mira pasar los vagones.

Se acerca el revisor. El hombre del sombrero le entrega el billete. Schönberg hace lo mismo y se levanta. Mientras avanza hacia el otro extremo del vagón, se sujeta a los respaldos para no perder el equilibrio. Entra en el baño y se lava las manos. El tren toma una curva sin disminuir la velocidad y tiene que apoyarse en la pared.

Alguien intenta abrir la puerta.

—Espere un momento; ya salgo.

Se abrocha el botón del cuello, se ajusta la corbata y sale. El pasillo está vacío.

Cuando regresa a su asiento, advierte que su paraguas ha desaparecido. Supone que se ha caído al suelo y se agacha para comprobarlo. No está. El hombre del sombrero duerme. No quiere despertarlo. Vuelve a mirar, esta vez con más atención. Nada.

Apoya la mano en su hombro.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre?

—Perdone que le moleste. No encuentro mi paraguas. He ido un momento al lavabo y, al volver, ya no estaba.

—Vaya, qué contrariedad. Ya sabe cómo son los trenes. Siempre se pierde algo.

—¿No ha visto si alguien lo cogía?

—No sabría decirle. Lo siento.

—Estaba aquí —insiste Schönberg—. En la esquina, junto a mi asiento.

—Las cosas no suelen desaparecer solas —dice el hombre, encogiéndose de hombros—. Lo siento, no puedo ayudarle.

Schönberg tiene la sensación de que la escena roza lo absurdo. Le irrita haber perdido el paraguas: no es suyo y, además, está nevando. Si la casa de Alex queda lejos de la estación y no encuentra un taxi, tendrá que caminar. De pronto el corazón empieza a latirle con fuerza. ¿Le habrán robado también la cartera? La llevaba en el bolsillo interior del abrigo. Baja el abrigo del portaequipajes y comprueba que sigue ahí. Pero el paraguas...

Mira por la ventanilla. Sin paraguas acabará empapado.

«Un tipo listo», piensa. «Lo ha cogido antes de bajarse del tren y asunto resuelto. O quizá ha sido el hombre que está a mi lado. No llevaba paraguas al entrar. Puede haberlo escondido y...»

Endurece el tono.

—¿Está seguro de que no ha visto quién se llevaba mi paraguas?

—Ya le he dicho que no —gruñe el hombre, sin abrir los ojos—. ¿Por qué insiste? Estoy cansado. Quiero dormir.

Schönberg siente que está a punto de perder la paciencia.

—Lo dejé ahí, en la esquina. No se puede llegar a mi asiento sin rozarle.

—¿Me está acusando?

—No le acuso de nada. Solo digo...

—Déjeme en paz y pregunte por ahí.

—Maldita sea —murmura Schönberg entre dientes.

Una muchacha sonrío y le susurra algo al oído a su acompañante.

Schönberg mira a ambos lados del pasillo, como si esperara reconocer al ladrón.

«Quizá —se dice— la persona que intentó abrir la puerta del lavabo vio el paraguas al pasar y lo cogió».

Avanza hacia el fondo del vagón. Hay poca gente. Se vuelve. Su compañero de asiento lo observa. Le parece que sonrío.

Entra en el vagón de segunda clase. Está lleno. Si el hombre del sombrero no lo ha cogido, el paraguas podría estar allí. Pero ¿qué hacer? ¿Esperar a que bajen todos y comprobar quién lo lleva? La estación de New Rochelle no es la última, así que esa opción no es viable.

Regresa a su asiento. El hombre sigue con el sombrero echado sobre los ojos. Pasa con cuidado por encima de sus piernas y se sienta. El tren reduce la velocidad. Coches detenidos en el paso a nivel. Por un instante piensa en bajarse en la siguiente estación y regresar a Nueva York. No tiene ganas de encontrarse con

Alex. Recuerda la última vez que se vieron. No, no puede hacerle eso. Está enfermo; quizá no tengan otra ocasión de hablar.

Schönberg se casó con Mathilde, la hermana de Alex, en octubre de 1901. Un antiguo novio la había abandonado; Alex le pidió que se ocupara de ella, y él se lo tomó tan en serio que acabó dejándola embarazada. Sus amigos –salvo Alex– dudaban. Decían que no encajaban, que hablaban idiomas distintos. Él no quiso escuchar. Pensó que el afecto bastaría, que el tiempo jugaría a su favor. La quiso, sí. A su manera. Y durante años creyó que era suficiente. Hasta que dejó de serlo. No se lo perdonó nunca. No a ella: a sí mismo.

Jamás mencionaba a Mathilde. No quería abrir una herida que había dejado de doler. No se sentía culpable, pero detestaba adoptar el papel de víctima. La defendió hasta su muerte de todas las acusaciones: mentirosa, ninfómana, inestable. No toleraba que hablaran mal de ella. Era intuitiva, generosa, apasionada; pero entre sus virtudes no estaba la fidelidad.

Mathilde no era hermosa. Baja de estatura, tenía el cabello oscuro con reflejos cobrizos, casi siempre recogido en un moño demasiado alto; el busto, voluminoso, descompensaba una figura más bien menuda, de hombros estrechos y brazos cortos. Sin embargo, ejercía un atractivo particular sobre los hombres, con frecuencia más jóvenes que ella, al que no era fácil sustraerse. Podía parecer ingenua, indefensa, pero si se lo proponía seducía incluso a quienes desconfiaban, con una fuerza silenciosa que hipnotizaba.

Schönberg sacude la mano. No quiere pensar más en eso. Pero ahora tendrá que enfrentarse a Alex; hablar de Mathilde, dar explicaciones, justificarse, soportar reproches...

Su inquietud crece a medida que el tren se acerca a New Rochelle. Los altavoces anuncian la llegada. Antes de bajar, mira por la ventanilla por si alguien lo espera. No reconoce a nadie.

Desciende del tren. En el andén se cruzan personas con abrigos y bufandas: unos bajan, otros suben. Todos llevan paraguas.

Ninguno es el suyo. Ve a dos soldados hablando con una mujer que sostiene a un niño en brazos.

Se dirige a la taquilla. Quiere regresar a Nueva York cuanto antes.

—¿Qué desea? —le pregunta el empleado.

Siente el corazón como un caballo al galope.

—¿Quiere un billete?

—Ah, sí, disculpe. ¿Podría indicarme dónde está la parada de taxis?

—No hay ninguna. ¿Adónde va?

—Al 68 de Kewanee Road.

—Está a dos kilómetros. Si quiere, puedo intentar llamar a un taxi, aunque tendrá que esperar.

—¿Cuánto?

—Al menos una hora.

—Déjelo, prefiero ir andando.

—¿Con este tiempo y sin paraguas?

Schönberg sonríe.

—Ya me las apañaré. ¿Podría hacerme un croquis?

—Espere.

El empleado vuelve al cabo de un minuto.

—Aquí lo tiene. Y voy a hacerle otro favor. ¿Cuánto piensa quedarse?

—Esta noche debo volver a Nueva York.

—Entonces llévese mi paraguas. Cuando regrese, me lo devuelve.

—Le estoy muy agradecido. No sabe el peso que me quita de encima.

Schönberg tiene buen sentido de la orientación. Está acostumbrado a moverse por ciudades desconocidas. Tarda menos de media hora en encontrar la dirección. Es una casa de piedra blanca de dos plantas, con jardín, al borde de un camino poco transitado. Resulta agradable. El humo que sale de la chimenea indica que hay alguien. Antes de llamar a la puerta, vuelve a dudar. ¿Está seguro de lo que va a hacer? No, no lo está. Pero ya

no hay marcha atrás. Toca el timbre. Espera unos segundos. Nadie responde. Llama de nuevo. Quizá no están en casa. No puede demorarse más. Esa noche debe regresar a Nueva York. El avión a Los Ángeles sale a la mañana siguiente.

Respira hondo, levanta la mano... y, justo antes de llamar por tercera vez, una mujer vestida de negro abre la puerta.